

# **Oprimidos, sobrevivientes y pioneros: sexualidades contrahegemónicas en varones viejos.**

Walter Giribuela.

Cita:

Walter Giribuela (2017). *Oprimidos, sobrevivientes y pioneros: sexualidades contrahegemónicas en varones viejos*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/283>

**XII Jornadas de Sociología**  
**Eje 4 | MESA 54 | Envejecimiento y Sociedad**

Oprimidos, sobrevivientes y pioneros: sexualidades contra-hegemónicas en varones viejos.

Autor: Walter Giribuela

Eje Temático: Estructura social, demografía, población (ET.4)

Nombre de mesa: Envejecimiento y Sociedad (Mes 54)

Institución de pertenencia: Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján.

E-mail: [wagiribuela@gmail.com](mailto:wagiribuela@gmail.com)

Resumen:

La sexualidad en la vejez es un tema que, desde hace un tiempo, ha dejado de pertenecer al campo de lo innominable en las producciones teóricas e investigaciones en nuestro país. Sin embargo las particularidades que las orientaciones sexo genéricas no heteronormativas cobran en este momento del desarrollo de esta etapa vital no han corrido idéntica suerte. Si bien es cierto que comienzan a observarse algunas investigaciones al respecto, la teoría queer sigue teniendo, al menos en nuestro ámbito, algunas deudas con el tema.

Este trabajo se centra en el análisis de las características distintivas en el modo de comprender la vejez por parte de un grupo de varones homosexuales residentes en el AMBA, mayores de 65 años. Para hacerlo, partimos de la premisa de que se trata de una población pionera en el tema ya que es la primera que, luego de haber transitado los momentos iniciales de sus historias de vida en un clima de represión y opresión de toda práctica que se apartara de los cánones heteronormativos y reproductivistas, logró transitar sus vejez en un ambiente de mayor respeto a las prácticas que escapan a la pretendida heterosexualidad obligatoria.

Palabras clave: Vejez – Sexualidad – Diversidad Sexual –

## **Puntos de partida teóricos y metodológicos.**

Los estudios sobre sexualidad en la vejez han dejado de ser, desde hace tiempo, un área de vacancia de la agenda científico-académica. Podríamos acordar en sostener que la sexualidad en la vejez ha ingresado a la academia e, incluso, en pensar que comenzaron a decaer ciertos mitos que vinculaban al deseo sexual en este momento de la vida como la patología y la anormalidad. Sin dudas la sexualidad y específicamente el goce sexual en la vejez ya no poseen el velo de silencio que tenían cierto tiempo atrás. Ahora bien, esta afirmación presenta un ocultamiento parcial, una suerte de metonimia por la cual se le asigna a una orientación sexual, la heterosexualidad, el valor de sexualidad toda: lo que perdió su carácter de innostrado no es la *sexualidad en la vejez* sino la *sexualidad de personas que sostienen una orientación sexo-genérica heterosexual en la vejez*. Las personas que no comulgan con la pretendida “heterosexualidad obligatoria”<sup>1</sup> y que se encuentran en situación de vejez continúan, en gran medida, conservando el requerimiento de secreto que mantuvieron durante toda su vida por haber sido socializadas en una sociedad retrógrada, conservadora, reaccionaria, heteropatriarcal y machista. Hoy, cuando otras vejez pueden sacar del closet social y académico su derecho al ejercicio del goce sexual, las personas LGBTI recién comienzan a ser, tímida y lentamente, visibilizadas.

Los seres humanos somos seres lingüísticos o, como plantea Butler, “seres que necesitan del lenguaje para existir”<sup>2</sup>. Entonces, si el lenguaje es constitutivo del ser y no solo una de sus múltiples características, el lugar que se le debe asignar para comprender los fenómenos y procesos humanos es central. Esta perspectiva, basada en el planteo austiniano de que es posible hacer cosas con palabras, nos permite analizar cómo los discursos atravesaron y moldearon, ayer y hoy, los regímenes de mirada y las vidas de los sujetos.

En el trabajo que nos ocupa, analizamos los discursos que, en torno de la vejez, presenta un grupo de seis varones homosexuales que habitan el AMBA, de entre 65 y 78 años de edad. A continuación presentamos un breve cuadro donde se señalan algunas características de la población analizada

---

<sup>1</sup> Rich, Adrienne; *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana*; Buenos Aires; Libros de la mala semilla; 2013.

<sup>2</sup> Butler, Judith ; *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid; Editorial Síntesis; 2009; p.16.

| Nombre    | Edad    | Lugar de nacimiento | Lugar de residencia | Estado conyugal   | Formación     | Área laboral           | Jubilación |
|-----------|---------|---------------------|---------------------|-------------------|---------------|------------------------|------------|
| Jorge     | 66 años | CABA                | Ramos Mejía         | Soltero (convive) | Secundaria    | Inmobiliaria           | No         |
| Héctor    | 65 años | CABA                | Pilar               | Casado            | Universitaria | Educación              | Sí         |
| Américo   | 71 años | CABA                | CABA                | Soltero (convive) | Secundaria    | Peluquería             | No         |
| Roberto L | 78 años | Corrientes          | Bella Vista         | Soltero           | Primaria      | Empleado Est. servicio | Sí         |
| Roberto G | 69 años | Rosario             | CABA                | Soltero (convive) | Terciaria     | Pastor protestante     | Sí         |
| Enrique   | 65 años | CABA                | CABA                | Soltero           | Universitaria | Docencia               | Sí         |

Para concretar nuestro objetivo nos posicionamos en el paradigma del curso de la vida, que permite poner en diálogo historia con biografía y que nos lleva a recordar cómo la tríada anormalidad-enfermedad-homosexualidad fue consolidada por el discurso político, médico y religioso durante los siglos XIX y XX de modo tal que, gran parte de la población que sentía atracción sexo-afectiva por fuera de la heteronormatividad, comprendió que la forma de supervivencia posible se jugaba en las opciones de la doble vida o la discreción<sup>3</sup>.

Pensar en imaginarios sociales requiere una triple especificación: es necesario saber quién tiene esas representaciones, en qué momento socio-histórico se producen y qué fenómenos toman como objeto. Como sostienen Andrés, Gastrón, Oddone y Vujosevich, las representaciones “condensan historias, relaciones sociales, prácticas políticas y prejuicios, por lo cual son necesariamente cambiantes y dependientes del contexto”<sup>4</sup>. Por estos motivos, las especificaciones antes referidas resultan imprescindibles para identificar el modo en que se observa un fenómeno (en este caso, la vejez y las personas que la transitan), pero también el modo en que ese régimen de miradas impone o justifica determinadas acciones.

Nos abocaremos a analizar estas representaciones atendiendo a una doble particularidad: el hecho de contemplar el propio imaginario sobre la vejez (por lo que estaríamos analizando autorrepresentaciones), pero también el hecho de hacerlo contemplando el paso temporal, puesto que examinaremos cómo los entrevistados ven la vejez en la actualidad y cómo recuerdan haberla contemplado cuando ellos no eran estos viejos que hoy son. De todos modos, debemos destacar que algunos de los entrevistados identifican la vejez desde una posición de alteridad: *viejo es el otro, yo*

<sup>3</sup> Mario Pecheny identifica como *identidades discretas* a los modos de relaciones sociales y personales que establecen las personas homosexuales con otras, independientemente de la orientación de género de estas últimas, y que se basan en la moderación sobre lo que se dice, en lo que debía permanecer secreto e, incluso, en la diferenciación. Uno de los supuestos centrales de este planteo es que “la homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad y las relaciones personales de los individuos homosexuales”. Ver Pecheny, Mario; “Identidades discretas” ;en Leonor Arfuch (Compiladora) *Identidades, sujetos y subjetividades*; Buenos Aires; Prometeo libros; 2005; pp. 130-131

<sup>4</sup> Andrés, Haydée; Gastrón, Liliana; Oddone Ma. Julieta & Vujosevich, Jorge ; “Género, representaciones sociales de la vejez y Derechos Humanos”; Ponencia presentada en el *Simposio Viejos y Viejas Participación, Ciudadanía e Inclusión Social y 51 Congreso Internacional de Americanistas*. Santiago de Chile Disponible en <http://www.cepal.org/celade/noticias/paginas/9/12939/>; Fecha de captura: 14/06/2014; p.1.

no, lo que de por sí constituye ya una representación. En cualquiera de los casos, no se nos escapa que la mirada que los entrevistados hayan tenido en otros momentos de su devenir sobre la vejez ha originado los fundamentos, ya por convalidación, ya por refutación, de la que en la actualidad sostienen.

### **Las concepciones sobre la vejez en los entrevistados**

Gastrón y Oddone sostienen que existen dos modalidades de comprender el tiempo, que coexisten necesariamente, pero que traen consigo la trayectoria de una larga discusión ontológica sobre sí: *el tiempo objetivo y el subjetivo*<sup>5</sup>. El primero de ellos se caracteriza por su organización social en horas, meses, años, y el subjetivo, por el modo en que cada sujeto vivencia su paso. Esta doble dimensión temporal provoca y consolida un modo específico de hilvanar temporalidades, expresando, en el modo en que organiza, un “impacto acumulativo de los primeros sucesos en los subsiguientes” (*ibíd.*: 6). Es decir que el modo en que es vivenciado un episodio en un momento vital condicionará, positiva o negativamente, a los siguientes.

Este aspecto *sedimental* de los acontecimientos y sucesos se debe contemplar a la luz de un fenómeno que involucra directamente a las personas con las que trabajamos y que les imprime un *carácter pionero* respecto de otros grupos etarios: el hecho de que los cambios socio-históricos que permitieron la construcción de una mirada menos estigmatizante respecto de la diversidad sexual fueran experimentados en forma tardía en su desarrollo evolutivo. Esto los convierte en la primera generación de personas que, habiendo transitado las primeras fases de sus desarrollos evolutivos en un clima social de invisibilización, estigmatización y discriminación por su orientación sexo-genérica, logran vivir su adultez y/o su vejez en un marco de mayor respeto y visibilidad de las diversidades sexuales, llegando incluso, en ocasiones, a protagonizar procesos de reivindicación de derechos. La cercanía con estos cambios implica una perspectiva temporal corta y, en ocasiones, inexistente. Así, por ejemplo, estas personas son *sobrevivientes* de un momento histórico que coartaba el derecho al matrimonio, pero a la vez son protagonistas-beneficiarios de la modificación jurídico-legal que, gestada y conformada cuando ellos ya estaban transitando la vejez o muy próximos a hacerlo, concluyó con la sanción del Matrimonio Civil entre dos personas con aptitud nupcial, sin importar el sexo de los contrayentes.

Hay dos cuestiones más que consideramos centrales para poder analizar la particularidad que cobra la relación entre vejez y diversidad sexual en el presente contexto. La primera de ellas se relaciona con un aspecto social inédito hasta el momento, vinculado con la *velocidad* en que se suceden los

---

<sup>5</sup> Gastrón, Liliana & Oddone, Ma. Julieta; “Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida”; en *Perspectivas en Psicología. Revista de Psicología y Ciencias afines*; Volumen 5, N°2; Mar del Plata; Universidad Nacional de Mar del Plata; 2008.

cambios. En los primeros momentos de la trayectoria vital de los entrevistados, el tiempo estaba concebido en trayectos más extensos. Los cambios sociales, culturales, productivos, tecnológicos, etc., eran más pausados, lo que provocaba además una cierta ponderación positiva del *statu quo* y la invariabilidad (por ejemplo, el matrimonio era *para siempre*, y la eventual transgresión a este mandato era socialmente considerado de manera negativa). Algo similar se observa en las trayectorias laborales, donde la permanencia en un mismo trabajo por gran parte o por la totalidad de la vida económicamente productiva era moneda corriente, incluso un aspecto incentivado por los propios empleadores. Luego, la temporalidad de estos cambios comenzó a alterarse y dio paso a un ritmo acelerado y a una valoración positiva de este ritmo, lo que provocó una equiparación entre *modificación, rapidez y juventud* por un lado, y otra equivalencia negativa a la establecida entre *inalterabilidad, lentitud y vejez*. De este modo, las personas que hoy transitan la vejez constituyen la primera generación en la que cohabitan cambios lentos con ritmos vertiginosos.

El segundo de los aspectos a considerar es aquel que Oddone identificó como una “crisis del modelo tripartito, lineal, irreversible, funcionalmente segmentado en etapas marcadas por el predominio de un tiempo social y caracterizado en consecuencia por la monocromía, lo que implica, entre otros aspectos, una flexibilización de los calendarios biográficos”<sup>6</sup> (2009: s/p). Temporalidades modificadas, crisis del modelo de etapas vitales, resignificación de la diversidad sexual, pero silenciamiento de esta en la vejez, son elementos entonces que condicionan la manera en que nuestros entrevistados comprenden y vivencian su vejez y, dentro de ella, su sexualidad.

La combinación de prejuicios contra la vejez y la homosexualidad provocan un escenario especialmente hostil, dado que si bien cualquier tipo de opinión o actitud negativa respecto de una o varias personas por pertenecer a un grupo determinado es injustificada, los que vinculan a las personas viejas y a los homosexuales comparten la particularidad de su extensa profusión social. Incluso, estos prejuicios cobran la particularidad de presentar cierta aprobación social, aspecto que lleva a Byrne Fone a describir la homofobia como “el último prejuicio aceptable”<sup>7</sup>. Así, y cuando todo haría parecer que obligatoriamente las vejez de las personas homosexuales serían auto-identificadas como un momento negativo, llama la atención la heterogeneidad de posiciones detectadas en las respuestas obtenidas.

Si tomamos como eje la visión que nuestros entrevistados tenían sobre la vejez cuando aún no formaban parte de ella, identificamos tres opiniones claramente diferenciadas: las que le asignaban un valor positivo, las que le asignaban un valor negativo y las que ni siquiera la imaginaban, con una

---

<sup>6</sup> Oddone, Ma. Julieta; El impacto de la flexibilización en el curso de la vida”; en *Revista Investigando en Psicología*; Año 11 N° 11; Tucumán; Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán; s/p.

<sup>7</sup> Fone, Byrne; *Homofobia. Una historia*; México D.F.; Océano; 2000; p. 557.

marcada preeminencia de la segunda por sobre las otras dos. A modo de ejemplo, presentamos trayectos de las entrevistas efectuadas que dan cuenta de ellas.

Jorge es uno de los pocos entrevistados que presenta algún recuerdo positivo de la mirada que, cuando aún no transitaba la vejez, tenía sobre esta. Al conmemorar el momento en que conoció a su actual pareja, luego de una conflictiva ruptura sentimental con la anterior, expresa:

Ahí se me abrió como una nueva etapa. Yo siempre tuve la sensación, confirmada por otro lado por una carta astral que me hice a los veintipico, de que el tiempo jugaba a mi favor; yo no tuve nunca ningún rollo con la vejez, el tiempo es el tiempo, la vida es la vida. Realmente no. Ya ves que llegado, ya grande, formo una pareja con toda la madurez. Yo le decía a él [a su pareja] de entrada, que me agarra a mí de vuelta, con todo el aprendizaje hecho y yo lo agarro a él con toda la limpieza, la apertura del principio, la disponibilidad.

Probablemente el hecho de “no tener ningún rollo con la vejez” le permitió a Jorge la posibilidad de armar una nueva pareja, disfrutar de esta etapa de su vida y tener esta positiva representación no solo de la vejez (a la que identifica como un momento en el que es posible valerse de todo lo aprendido, como una síntesis de los aprendizajes realizados a lo largo de toda su trayectoria vital), sino también de las relaciones intergeneracionales. De este modo, las *expectativas sociales relacionadas con la edad*, uno de los tres factores que, junto a las *influencias históricas* y los *acontecimientos personales únicos* son identificados por Iacub<sup>8</sup> como de central incidencia en el curso vital de las personas, al ser positivas desde la juventud, facilitan su consolidación en la vejez a partir de la ruptura con una mirada preponderantemente negativa sobre ella. No se nos escapa que, en el caso de Jorge, esta mirada está influenciada por otras variables como las de su nivel económico, su formación profesional, su trayectoria laboral y la consolidación de un capital relacional que facilitaron su vida cotidiana y que le permitieron modelar esta perspectiva.

Tampoco ignoramos que la identificación establecida entre vejez y aprendizaje por un lado, y juventud y limpieza por otro, deja entrever cierta mirada respecto de la juventud a la que se le asigna una carga positiva que, con el paso del tiempo, podría ir perdiéndose: “la limpieza, la apertura del principio” son aspectos que luego, es decir en la adultez y en la vejez, se perderían para mutar en aprendizaje obtenido. Aun así, la adjudicación de los rasgos atribuidos a la juventud no deja de evidenciar que, si bien se observa una valoración positiva de la vejez, la juventud goza de una mayor estimación por parte del entrevistado.

Así como observamos que, en otros momentos de su vida, las personas entrevistadas le asignaban valores positivos y negativos a la vejez sobre los cuales luego construirían sus representaciones presentes (ya consolidando esa mirada, ya refutándola), hemos detectado que algunos entrevistados manifiestan no recordar si en algún momento de su vida pensaron en la vejez como una entelequia o,

---

<sup>8</sup> Iacub, Ricardo; *Identidad y envejecimiento*; Buenos Aires; Paidós; 2011.

incluso, como un momento de su propio futuro. Por otro lado, quienes sí recuerdan haberlo hecho, señalan que hubiera sido inimaginable un escenario como el actual para su vejez, especialmente vinculado al clima de aprobación de la diversidad sexual. Si bien hoy, tal como señaláramos anteriormente, la diversidad sexual se mantiene prácticamente ausente en el discurso sobre la vejez, los entrevistados establecen comparaciones entre los tiempos pasados y el actual, asignándole un valor positivo a la visibilidad que las prácticas sexuales no heteronormativas han adquirido recientemente, los incluyan o no.

Héctor expresa este posicionamiento cuando, al hablar de su casamiento, dice:

La verdad es que de joven uno no piensa en cuando vaya a ser viejo, pero si lo hubiera pensado seguro hubiera sido muy diferente a como es hoy en día. Qué se yo, ni por broma me hubiera visto viviendo acá y casado [...]. De joven el objetivo no era casarse, no te lo podías ni imaginar eso, y eso que yo tuve dos parejas muy estables

El entrevistado identifica la vejez como un impensable, y a pesar de ello hipotetiza sobre la imposibilidad de haberse imaginado casado con otro hombre. Si bien sabemos que no es posible una rememoración literal y que, probablemente, en esa supuesta inexistencia del pensamiento sobre la vejez resida un olvido performativo que buscaba evitar el sufrimiento por un eventual futuro hostil (no solo por la edad sino también por la orientación sexual no heterosexual), lo que logra identificar Héctor es la dimensión de los cambios socio-históricos operados en el transcurso del tiempo en que se desarrolló su vida, y establece una vinculación estrecha entre este momento vital y su orientación sexual, ya que ambos aspectos de su vida se presentan imbricados entre sí de manera significativa. Así, los cambios que de algún modo implicaron la refundación de sus cosmovisiones son los que permitieron que, en la actualidad, esos aspectos otrora impensables dejen de serlo para transformarse ontológicamente en su contrario, es decir, en eventualidades pensables.

Entre quienes se identifican transitando la vejez y le asignan a esta una valoración positiva, se puede observar que aparece la idea de que el actual momento vital es consecuencia de los anteriores, y si bien no podemos evidenciar allí un aspecto determinista, sí es posible señalar que entra a jugar en el análisis que realizan los entrevistados el contexto epocal, la propia trayectoria vital y el modo en que, a lo largo de esta, se resolvieron las tensiones que la orientación sexual no heterosexual implicó. De este modo, quienes pudieron resolverlas, independientemente del costo emocional involucrado, adquirieron los mecanismos que les permitieron enfrentar también la vejez, etapa en que los viejismos son moneda corriente.

Américo, entre otros, expresa su mirada sobre la vejez y plantea una particular forma de comprenderla y organizarla:

Yo soy de los que piensa que envejecer tiene muchas ventajas. Tuve que envejecer para darme cuenta de las ventajas que tenía. Yo creo mucho en la teoría de los septenios. Vos calculá que ahora, a los 70, yo estoy en el décimo septenio. Yo estuve guiándome por los septenios más o menos hasta los 49 y después empezás a darte cuenta que todo lo que cosechás de lo que fuiste haciendo en la vida, lo bueno y lo malo, te permite una libertad diferente y también ahí se te cae el bozal. Te permite decir las cosas que antes te callabas, te permite hacer las cosas que antes no hacías y también te permite no calentarte por cosas que no valen la pena.

Varias cosas pueden analizarse de lo dicho por Américo. Por un lado, es central destacar que la vejez es considerada como un momento con “muchas ventajas” respecto de otros anteriores. Estas ventajas, según su propia enumeración, involucran la adquisición de libertad, la posibilidad de nominar sin evaluar antes las consecuencias de ello (algo que se expresa bajo la sugestiva figura de “caída del bozal”), la posibilidad de hacer ciertas cosas antes negadas y, finalmente, la posibilidad de seleccionar los motivos de enojo. Es decir, la vejez se convierte, desde esta perspectiva, en una síntesis de aprendizaje donde se reconfiguran las acciones vivenciadas a lo largo del trayecto vital. Queda en evidencia también que esa trayectoria, ese momento de “cosechar lo que fuiste haciendo en la vida”, no se dio en un escenario sencillo: para que el *bozal* se haya caído debió haber estado puesto. Al utilizar esta figura, Américo reconoce la imposición del silencio en un momento socio-histórico, pero también subjetivo, y da cuenta de cómo esto ha logrado moldear su personalidad para llegar identificarlo como una imposibilidad para hablar.

Por otra parte, si tuvo que “envejecer para darse cuenta de las ventajas” que esto tenía, queda en evidencia la modificación operada en una primera imagen de esta etapa vital: solo cuando envejeció, y no antes, pudo reconocer los aspectos positivos implicados y dejar en evidencia la existencia de “una trama donde se entretelen las vidas humanas” que involucra las particularidades del sujeto y, a la vez, “las expectativas y valores de la época”<sup>9</sup>.

La mirada de Américo, la de la vejez como resultante de lo vivido en otros momentos de su ciclo vital, es expresada en un tramo de la entrevista donde reflexiona sobre las similitudes y diferencias entre momentos pasados y actuales:

Yo creo que uno lo que ganó lo ganó con mucho esfuerzo, porque el hecho de mantener la coherencia y de mantener una imagen y de mantener una línea ha sido todo un esfuerzo de setenta años. Entonces, de pronto, que eso también tiene la vejez, el hecho de entender por cuántas cosas ya no tenés que luchar porque ya las conseguiste, y si el otro no se da cuenta que las conseguiste es problema del otro. Yo no sabía que el salmón nadaba contra la corriente. Cuando me enteré, me dije: “Yo estoy siendo un salmón desde los 18 años”. Eso implica que, de pronto, mi manera salmonada de vivir le molesta a otros porque no tiene las pelotas para bancárselo. Yo soy gay, pero tengo las pelotas muy bien puestas y puedo llegar a cagar a trompadas a cualquier tipo sin ningún tipo de problemas. Sé que

---

<sup>9</sup> Muchinik, Eva; *Envejecer en el Siglo XXI*; Buenos Aires; Lugar editorial; 2005; p.25.

no soy mariquita y no tiene que ver ni con mi rol en la cama ni mucho menos, ni ahora que soy un viejo ni antes, nada más que ahora no me callo.

Una vez más, Américo pone en escena el esfuerzo que implicó vivir “contra la corriente”, es decir, contra el pensamiento mayoritario pero, especialmente, hegemónico. El modo en que hoy transita su vejez es visto por él como la resultante de un trabajo de setenta años. Al decir esto, compara su vida con la de otros (él “se banca” esta forma de vivir, otros no) e inmediatamente se siente en la necesidad de reafirmar el modo en que, según su criterio, debe ser visto, estableciendo una interesante contraposición que rechaza entre orientación sexual no hegemónica y virilidad: es (y debe ser visto como) homosexual, no como “mariquita”. Aclara, a su vez, que puede él ejercer violencia, él puede pegar, y con eso dejar establecida su virilidad, cuestionada en las “épocas salmonadas”. La diferencia es que ahora, en la vejez, el silencio no es obligatorio, no está autónomamente ni heterónomamente impuesto: antes debía callarse, “ahora no”.

Américo relaciona la representación que se construye sobre las personas viejas homosexuales con sus actitudes, más que con las de quienes las construyen:

Yo no me siento un viejo puto. Porque generalmente cuando vos ves a una persona gay mayor es un viejo puto por lo general. Yo nunca fui puto, siempre fui gay, homosexual o como lo quieras llamar. Porque puto para mí, es el puto relajado digamos. A mí me molestaron siempre y me siguen molestando. Entonces, te ven depende de cómo te comportes. Para la mayoría de la gente yo soy un señor que coge con señores y que está casado con un señor. Pero yo soy un señor, me siento un señor y pretendo que me traten como un señor y trato de comportarme para que me traten como un señor, no como un puto... y menos como un puto viejo.

Al decir que, por lo general, a las personas gays que transitan la vejez se las ve como “viejos putos” y al asociar esta imagen con la de un “puto relajado”, queda en evidencia la mirada negativa que presupone sobre el tema en análisis. Américo, quien evita que se lo vea de esa manera, le debe esta mirada a su comportamiento. Asocia así dos conceptos: el de edad y el de diversidad sexual, para transmitir un escenario hostil, una representación por la cual no quiere ser identificado ya que esto implicaría un estigma difícil de llevar. En un escenario social donde “todos debemos parecer iguales exaltando la diversidad”<sup>10</sup>, esa igualdad no está anclada en la vejez ni en la homosexualidad; de allí, la preocupación de Américo por no ser asociado a esa imagen, sino a las acciones que realiza.

Roberto L., entre tanto, deja traslucir cómo la visibilidad de su orientación, si bien antes fue un problema para él, hoy ya no lo es. En una de las entrevistas, se observa que duda si comentar algo relacionado con los lugares donde encontraba compañeros sexuales eventuales. Cuando le

---

<sup>10</sup> Urbano, Claudio & Yuni, José; *Esos cuerpos que envejecen. Representaciones y discursos culturales de la vejez*; Catamarca; Editorial Brujas; 2011, p.94.

recordamos la vigencia del principio de reserva de identidad, presuponiendo erróneamente que el temor a su posible violación fuera el motivo de sus dudas, Roberto L. responde:

Imaginate que no tengo problemas, a mi edad, a los 78 años, ¿me voy a hacer problemas por si me nombrás o no? Antes sí, y no siempre, pero ahora ya no, ya estoy viejo para andar preocupándome en si los demás se enteran o no; ahora hago la mía.

La oposición entre un pasado en el que la discreción sobre la propia orientación sexual se transformaba por momentos en una estrategia de supervivencia y un presente en el que no es necesario “andar preocupándose” por esa razón es un aspecto destacado por Roberto como ejemplo de los cambios de época vividos. Estos cambios, que en nuestro país se observan como coincidentes con la restitución democrática de los años '80, pero que no se dan principalmente por este fenómeno político y social sino por la aparición irrupción de la pandemia del V.I.H, ubican a los entrevistados como la primera generación de personas viejas que han experimentado la ampliación de derechos vinculados con la orientación sexo-genérica, y también como pioneros en nuestro país en vivenciar en la vejez el cambio de mirada respecto de la diversidad sexual. Este aspecto, ya identificado por Eribon como *efecto generacional*<sup>11</sup>, es un factor decisivo que influye en aquellas personas gays que vivieron su juventud cuando aún era necesario el silenciamiento y que han debido *disimular la homosexualidad*, pero que pasado el tiempo, pudieron hacer visible este aspecto de su vida, aunque “la edad en que se declaran sigue siendo bastante alta”. Roberto debió así aprender a deconstruir su experiencia y transformar esa discreción obligatoria en una eventual visibilización, pero además debió adquirir los nuevos códigos sociales por medio de los cuales *ya no* tiene que apelar al secreto, algo imprescindible tiempo atrás.

La vinculación entre edad y despreocupación por la reserva, expresada en la frase “a mi edad, a los 78 años, ¿me voy a hacer problemas por si me nombrás o no?”, también evidencia el impacto que puede haber tenido el hecho de que el mayor asentimiento social hacia las diversidades sexuales se haya dado en un tiempo cercano, mientras que la imposición de discreción haya sido más remota en términos temporales. De este modo, la verbalización actual del silenciamiento pasado cobra la particularidad de hacer audible lo otrora silenciado en lo que operaron “el miedo, la angustia, la vergüenza o la desesperanza”<sup>12</sup>. Esta relación entre pasado y presente, matizada por los cambios subjetivos pero también socioculturales acontecidos, influyó de manera notable en el modo de comprender la realidad por parte de Roberto L. y sobre todo, de actuar en consecuencia. Con ello, la *identidad irrealizable* postulada por Eribon<sup>13</sup> que implicaba una *construcción permanente del propio proyecto vital* comenzaría a transformarse en *realizable* en los tramos más recientes de la vida.

---

<sup>11</sup> Eribon, Didier; *Reflexiones sobre la cuestión gay*; Madrid; Anagrama; 2001; p.81.

<sup>12</sup> Arfuch, Leonor; *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*; Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica; 2013; p.84.

<sup>13</sup> Ibid 11, p.159

Roberto G. manifiesta que personas cercanas a él tienen una imagen positiva de él y su esposo en tanto personas viejas con orientación sexo-genérica no hegemónica. Al ser consultado por cómo cree que es visto por otros, señala:

A nosotros dos [a él y su esposo] en la iglesia, por ejemplo, que no somos gente joven sino que somos gente mayor, nos ven con mucho respeto y, sin tipificarnos; nos ven como una pareja gay distinta, porque somos muy medidos y porque de alguna manera tenemos cierta postura ideológica, porque el hecho de ser gay no significa que no seas homofóbico, no significa que no seas hueco, no significa que no seas frívolo. Digamos, ser gay hoy no es tan difícil como cuando yo me asumí o como cuando era chico.

Las representaciones que, según la percepción de Roberto, tienen sobre él y su pareja se basan en el respeto, algo que provoca que se puedan evitar “las tipificaciones” sobre ellos. Lo interesante de destacar aquí es que esa mirada positiva parecería no coincidir con la del propio entrevistado, ya que al explicar las tipificaciones evitadas (pero, justamente por ello, esperables) asocia la homosexualidad con la homofobia propia, la frivolidad y la superficialidad (“ser hueco”). El hecho de evitar estas representaciones, junto a la advertencia señalada por Roberto al decir que “que seas gay no quiere decir que no seas” eso, da cuenta de qué era lo esperado para él. De este modo, la asignación de las características señaladas presupone la existencia mayoritaria de ellas en la población LGBTI (y, de ahí, típicas) y la proliferación de estas como distintivas por parte de los otros.

El hecho de sentirse respetado lo lleva a evaluar que el actual es un momento más sencillo que otros atravesados por él, en los que el respeto no era una práctica habitual para con la población gay. Quizás por eso es que puede observarse que la mirada positiva y respetuosa de otros hacia él y su pareja se perciba como sorpresiva, ya que vino a romper con lo esperable en otros momentos de su trayectoria vital, cuando el insulto y el ocultamiento, dos características que poco se vinculan con el respeto actual, eran una eventualidad constante para quienes no compartían la heteronormatividad.

Por su parte, Enrique centra su análisis de cómo cree que es vista la relación entre vejez y diversidad sexual no en aspectos físicos o psicológicos, sino relacionales:

Yo no sé cómo nos ve la gente, no sé, no sé. Yo sé lo que no quiero: no quiero estar desubicado, no me gusta. No quiero estar en un lugar donde vaya a estar incómodo, desubicado. Yo no sé qué pueden mirar, pero pueden mirar que estoy solo, que no tengo pareja. A veces me preguntan algunas personas que tienen más confianza, una cuñada que quiero mucho, la esposa de mi hermano mayor. Yo creo que así es como ven a las personas grandes gays, como solitarias. Un poco ese es, era nuestro destino. Ahora las cosas están un poco mejores, pero los más grandes no te creas que la tenemos tan fácil como los más chicos, a nosotros nos ponen fuera de circulación rápido.

Enrique, que comienza diciendo que no sabe cómo ven la vejez los otros, identifica luego esa mirada desde un lugar de “soledad”. Si bien esto se condice con una preocupación personal, esta mirada es devuelta por las preguntas que allegados y familiares le hacen sobre su vida. Luego, la asocia con la

idea de *destino*, es decir, con algo vinculado de algún modo a lo inevitable, aunque al hacerlo corrige el tiempo verbal utilizado del presente al pasado (“es” / “era”); con ello da cuenta de la identificación de algún cambio en la temporalidad reciente, que luego refuerza en la comparación entre un pasado más difícil y un presente más sencillo. Este presente, a la vez, es descripto como menos complejo para los más jóvenes, pero no para los más viejos, quienes ocupan así el lugar de *sobrevivientes de los cambios*, el espacio de una generación que, si bien puede identificar y aprovechar los cambios suscitados, carga consigo las huellas de un recuerdo traumático en el que era estigmatizada por su condición de género. Esto, resuelto parcialmente ahora según la mirada del entrevistado, estaría presente quizás por el imaginario que sobre la vejez prima en la sociedad.

Una imagen negativa, también identificada por el entrevistado, es la de desecho que se detecta al decir que “a nosotros [los viejos] nos ponen fuera de circulación rápido”. Esa idea da cuenta de la presencia de una dislocación social que, junto al uso de estereotipos, constituye un componente de los prejuicios. La dislocación, consistente en la “pérdida o redefinición de roles sociales que resulta de un status social disminuido y de una decreciente participación social”<sup>14</sup> (ibíd.: 76), daría cuenta de cómo esa salida de circulación impacta negativamente en la subjetividad de Enrique, no solo en el aspecto relacional o incluso sexual de su vida, sino en otras esferas.

En resumen, al abordar las representaciones de los propios entrevistados sobre la vejez, hemos visto que se trataba de un conjunto heterogéneo; al hacer lo propio sobre la creencia que tienen respecto de la mirada de los demás, el escenario se transforma ya que, salvo en escasas ocasiones, los entrevistados manifiestan creer que la mirada imperante es o puede ser negativa, especialmente al vincular vejez con diversidad sexual. Muchas veces, al hacerlo, enmascaran su discurso bajo el del mejoramiento de las condiciones sociales que presentan un escenario de mayor “tolerancia”, y argumentan para demostrarlo tanto opiniones sobre “el fenómeno” de la diversidad sexual como opiniones autobiográficas. Así, emergen en el discurso aspectos positivos que, no obstante, presentan contradicciones en el momento del análisis. Se reedita o actualiza entonces, aunque con matices y parcialmente, el imaginario presente de manera mayoritaria en los tramos iniciales de su historia vital, por medio del cual consideraban que la atracción homoerótica era sancionable y, en tanto tal, se debía ocultar.

Por último, es interesante destacar que, en la diversidad de respuestas señaladas, se observa la presencia de un factor común, vinculado con el aprendizaje que, en diferentes momentos del ciclo vital, nuestros entrevistados han adquirido y que los lleva a saberse, consciente o inconscientemente,

---

<sup>14</sup> Ibid 8; p. 76.

discriminados y dañados por tener un objeto de deseo diferente al que la heterosexualidad hegemónica imponía. Esto, si bien les provocó innumerables daños, también les permitió construir herramientas, a un costo emocional altísimo, con las cuales hacerles frente. Quizás por eso la mejor síntesis de cómo fue la vida de estas personas, cómo se ven a sí mismos y cómo desearían ser vistos por los demás, la dio en una de las entrevistas Enrique, al reflexionar cómo se debería presentar una parte del trabajo: “Este capítulo de tu investigación lo deberías llamar *La vida de un sobreviviente*. Sí, ponle así a esta parte, porque uno es un sobreviviente de tantas cosas... Y así deberían verlo los demás”.